

A propósito de la lectura de Krishnamurti

Alejandro Sanz de Santamaría

Durante muchos años de experiencia docente he comprobado que la inmensa mayoría de los estudiantes leen lo que se les asigna para un curso sin tener el mínimo interés real. Esto es un hecho incontrovertible. Pero en las instituciones educativas -por lo general- este hecho no se investiga; sólo se confirma y se usa para *juzgar* a los estudiantes: se interpreta como una señal de su mediocridad, de su falta de responsabilidad, de su pereza, de su indiferencia, de su falta de compromiso. Por eso la “respuesta” frente al hecho ha sido casi siempre una de dos: la indiferencia, o “mayor exigencia”, “más disciplina”, “mano más dura”; en síntesis, más represión. El resultado: menos interés de los estudiantes, lo que se traduce en la práctica en uno de dos extremos: la renuncia a estudiar o el sometimiento a hacerlo condicionados por el miedo. La respuesta represiva frente al desinterés de los estudiantes en las lecturas que les asignamos en los cursos hace que la relación profesor-estudiante quede impregnada de violencia.

Desde cuando comencé a tomar conciencia del desinterés de los estudiantes frente a lo que yo les “enseñaba” en mis cursos comenzó a disminuir sensi-

blemente mi interés en que cada estudiante “aprenda” el contenido específico de cada curso, y a aumentar mi interés por investigar en cada curso *con* cada estudiante -en estrecha comunicación con la *persona* de cada estudiante (cuando esto es posible, porque no siempre lo es)- cómo es que cada uno de nosotros se acerca a realizar una lectura y cuáles son las *vivencias* que cada uno de nosotros experimenta en el acto mismo de leer. Es una investigación hacia adentro de nosotros mismos utilizando la lectura como recurso.

En los últimos años he vivido muchas experiencias muy intensas y muy duras, pero a la vez muy reveladoras y excitantes, en este esfuerzo investigativo. Estas experiencias me fueron llevando a compartir con muchos estudiantes de mis cursos la lectura de algunos textos de Jiddu Krishnamurti.

La lectura de estos textos fue muy difícil para mí al comienzo. Pero hubo algo que capté desde las primeras lecturas y me llamó la atención poderosamente: que la *naturaleza* de esta dificultad era, en algún sentido, completamente diferente a la que había encontrado en todos los demás textos “difíciles” que había

leído hasta entonces. No era una dificultad “conceptual”, pues yo “conocía” todas las palabras que utiliza Krishnamurti en sus textos. Había un “algo” que yo no lograba entender, pero ese “algo” era de naturaleza “no conceptual”. Ese “algo” fue para mí un misterio durante algún tiempo. Pero a partir de algún momento, sin saber cómo ni por qué, los textos de Krishnamurti comenzaron a tener para mí mucho sentido... hasta llegar a apasionarme. Entonces comencé a *comprender* algo fundamental: que Krishnamurti no plantea teorías, ni opiniones, ni análisis de ninguna naturaleza: plantea solamente testimonios de lo que su propia experiencia vital le ha enseñado. Y al *ver* esto comprendí también que estos testimonios son, al mismo tiempo, una *invitación* y un *desafío* para quien los lee: la invitación a que uno investigue libremente y por su propia cuenta sobre la veracidad de cada una de las afirmaciones que él plantea en sus textos.

Pero cuando se entiende y se acepta esta invitación se descubre algo adicional: que esta investigación no puede ser una investigación *intelectual*, de razonamiento lógico, de desarrollo de nuevos conceptos, de “estudio” en el sentido convencional. Tiene que ser una investigación *vital*, *hacia adentro de sí mismo*, que exige una vulnerabilización personal que produce mucha inseguridad y mucho miedo. Ahí está, para mí, la *naturaleza nueva* de la dificultad de leer a Krishnamurti, en comparación con las dificultades conceptuales que nos plantean lecturas más convencionales.

Las experiencias que he vivido en muchos cursos con la lectura de Krishnamurti me han revelado problemas humanos que hasta hace muy poco para mí habían sido invisibles. El propósito de este artículo es compartir algo de lo que estas experiencias me han enseñado. Para hacerlo voy a presentar dos partes diferentes, que son complementarias entre sí.

La primera es la transcripción de un texto que escribí en enero de 1994, dirigido a mis estudiantes. Este texto -que titulé “Reflexiones sobre el leer”- lo escribí con el propósito de mostrarles cuáles eran las rigideces que, a mi entender, les estaban haciendo tan difícil la lectura de Krishnamurti. Estas rigideces las veía yo en los textos que los mismos estudiantes me escribían “reaccionando” a la lectura de algunos textos de Krishnamurti.

La segunda parte es la transcripción del texto escrito por un estudiante, Juan Pablo Fernández, en el cual relata su experiencia personal con la lectura de algunos escritos de Krishnamurti.

1. Reflexiones sobre el leer

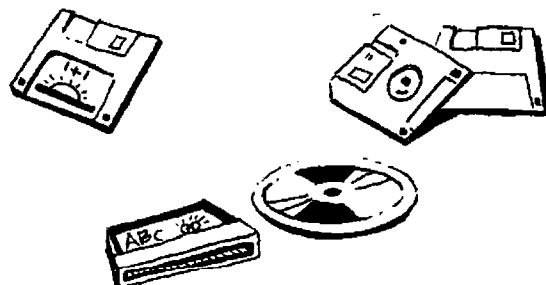
Cuando a un computador le proveemos una información que no está prevista en su sistema operacional, no la recibe, la rechaza o hace estupideces con ella. El sistema operacional es rígido, absolutamente rígido. Podemos hacer muchos esfuerzos por flexibili-

zarlo y podemos avanzar muchísimo en esta dirección, pero siempre habrá un límite -puede estar más cercano o más lejano- en el que esta inflexibilidad absoluta aparecerá.

La diferencia fundamental entre el sistema operacional de un computador y el cerebro humano está en este campo de la flexibilidad: en contraste con el sistema operacional, el cerebro humano es infinitamente flexible. El cerebro humano no tiene un límite a partir del cual se revele su absoluta inflexibilidad, como sí lo tiene el sistema operacional de cualquier computador.

Uno de los problemas más graves que tenemos hoy estudiantes y profesores es que hemos convertido nuestro cerebro en un sistema operacional. Tenemos nuestro cerebro *programado*, tal como se programa un sistema operacional. Por eso nos hemos vuelto tan inflexibles, tan rígidos. Y esta inflexibilidad tiene consecuencias desastrosas que todos sufrimos diariamente: la incapacidad de comunicarnos con los demás, la incapacidad para aprender, la muerte de nuestra propia creatividad personal, la inseguridad y la angustia que sentimos frente a situaciones desconocidas, etc. Todo esto da como resultado infelicidad, una profunda infelicidad. Y una de las manifestaciones más evidentes y dolorosas de esta profunda infelicidad generalizada ha sido lo que hoy denominamos *violencia*. La incapacidad de comunicarnos, con la infelicidad que ella engendra, conduce a que unos maten a otros. En muchos casos, por desgracia, estos asesinatos ocasionan la muerte *física* de quien es agredido; pero en muchísimos casos este asesinato es *espiritual*, no físico: es un asesinato que liquida lo más auténtico y propio del individuo, que le impide manifestarse como es, para que se “adapte” y se “acoja” a lo que “la sociedad” (la familia, los amigos, el profesor, el jefe, el colegio, la universidad, la empresa, la moral, la ideología, el éxito, etc.) le exigen y esperan de él.

Esta exigencia de “la sociedad” va programando nuestro cerebro como un sistema operacional. Esta programación garantiza que seamos incapaces de recibir -y por tanto rechazamos- cualquier cosa que no esté prevista en esta programación, que no sea “socialmente aceptada”. Esta programación es la que nos conduce a asesinar -física y/o espiritualmente- a aquellos que nos plantean algo *diferente* a lo que nuestro programa cerebral está diseñado para recibir. Así es como la inflexibilidad de nuestra “cultura” social engendra las violencias física y espiritual.



François Jacob, Premio Nobel, nos explica muy bien esta conexión entre la inflexibilidad mental (que él llama “dogmatismo”) y la violencia:

No sólo por intereses se matan los hombres entre sí. También por dogmatismo. Nada hay tan peligroso como la certeza de tener razón. Nada resulta tan destructivo como la obsesión de una verdad tenida por absoluta. Todos los crímenes de la historia son consecuencia de algún fanatismo. Todas las matanzas se han llevado a cabo en nombre de la virtud, de la religión verdadera, del nacionalismo legítimo, de la política idónea, de la ideología justa; en pocas palabras, en nombre del combate contra la verdad del otro, del combate contra Satán. Esa frialdad y esa objetividad que se reprochan tan frecuentemente a los científicos tal vez resultan más útiles que el acaloramiento y la subjetividad cuando se tratan algunos asuntos humanos. Pues no son las ideas de la ciencia las que encienden las pasiones. Son las pasiones las que se sirven de la ciencia para defender su causa. La ciencia no lleva al racismo y al odio. Es el odio el que recurre a la ciencia para justificar su racismo. Se puede reprochar a algunos científicos la vehemencia con que a veces defienden sus ideas. Pero todavía no se ha perpetrado ningún genocidio para hacer triunfar una teoría científica. A fines de este siglo XX tendría que quedar claro para todo el mundo que ningún sistema es capaz de explicar todos los aspectos y detalles de nuestro universo. Haber contribuido a acabar con la idea de una verdad intangible y eterna tal vez sea uno de los logros más importantes de la ciencia¹.

Nada contribuye más eficaz y eficientemente a nuestra programación y nuestra inflexibilidad que la educación que recibimos en colegios y universidades. Es una de las grandes paradojas que estamos viviendo: la educación es violencia, y por tanto “educa” para la violencia.

Decía yo en alguna clase en días pasados que si a cualquiera de nosotros nos enfrentaran de un día para otro con un campeón de lucha, por más esfuerzos que hiciéramos en el cuadrilátero, nuestro cuerpo físico sería incapaz de responder como tendría que hacerlo para atender adecuadamente a los desafíos de nuestro contendor. Pero si somos suficientemente valientes y humildes -que casi nunca lo somos-, la experiencia en esa primera lucha nos puede enseñar muchísimo sobre nuestras propias limitaciones, sobre el mal uso que hacemos de nuestro cuerpo, sobre todo aquello que nuestro cuerpo tiene el potencial de hacer pero que no puede hacer por el descuido en que lo tenemos. Esa experiencia nos mostraría que el cuerpo también está programado por una rutina repetitiva que lo habilita para hacer solamente aquellas cosas que forman parte de esa rutina -del programa- y lo inhabilita para todo lo demás. Si tenemos el valor y la humildad suficientes para aprender de esa primera lucha, comenzaremos a

investigar por nosotros mismos y en nuestro propio cuerpo (¡nadie puede hacer esto por nosotros!) cuál es el manejo que hacemos de nuestro cuerpo en esa rutina diaria; esta investigación nos irá conduciendo a explorar con nuevos movimientos, con nuevas posiciones, y en la medida en que exploremos con estos nuevos movimientos y estas nuevas posiciones iremos descubriendo los *límites* precisos y concretos a partir de los cuales nuestro cuerpo se vuelve inflexible. Conociendo estos límites tenemos la posibilidad -si contamos con el valor y la humildad suficientes- de trabajar para trascenderlos, y en esta forma ir corriendo estos límites para establecer fronteras más amplias... para comenzar siempre de nuevo con el proceso de descubrir dónde se encuentran estos nuevos límites.

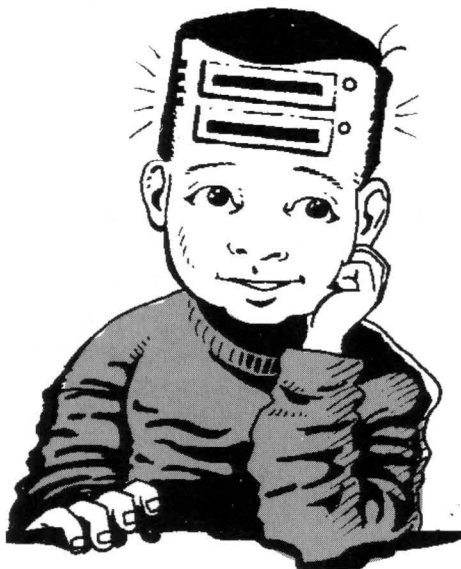
Con el cerebro ocurre como con el cuerpo físico. Y uno de los recursos más valiosos que todos tenemos a nuestro alcance para descubrir y correr los límites a partir de los cuales nuestro cerebro se torna inflexible -recurso que casi nunca utilizamos con este fin-, es *la lectura*. Nosotros leemos casi siempre en la misma forma, y en un cierto sentido leemos siempre “los mismos” textos. Cuando la lectura de un texto no nos sacude, no nos perturba, no nos pone iracundos o dichosos con nosotros mismos, ese texto forma parte de “lo mismo” que hemos estado leyendo. Su contenido visible puede ser distinto, muy distinto a otros textos... pero el texto, desde el punto de vista de los límites que la programación le ha impuesto a nuestro cerebro, es “más de lo mismo”.

El problema está en que cuando encontramos un texto que verdaderamente nos perturba -en cualquier dirección-, nos produce miedo (que nos cuesta mucho trabajo reconocer, porque nos falta humildad y valor para hacerlo). Y este miedo nos conduce a huir del texto: somos cobardes. Podemos huir de muchas formas. Una, la más evidente y elemental, es simplemente abandonarlo diciéndonos (o, mejor, mintiéndonos) a nosotros mismos: “Esto no me interesa”. Pero hay formas más sutiles y disfrazadas de huir. La más frecuente de todas -por lo que he comprobado en mi propia experiencia personal, en mis clases y en las audiencias con que comparto mis investigaciones-, es *polemizar* con el texto que perturba, es decir, construir nuestros propios argumentos para “demostrar” que lo que plantea ese texto está “equivocado”, y poder así permanecer “tranquilos” con nuestras creencias y convenciones de siempre.

Huimos para mantener intacto nuestro “programa” cerebral. Nos mantenemos escondidos, protegidos, detrás de este “programa”. Este programa nos provee “seguridad”. Pero esta “seguridad” es falsa y nociva, por eso la pongo entre comillas. Su carácter falso y nocivo se revela en el hecho de que para mantener esta “seguridad” ejercemos todas las formas de violencia imaginables -físicas y espirituales- contra todo el que, o lo que, la amenaza. Una lectura perturbadora es siempre una de esas amenazas.

¹ François Jacob, *El juego de lo posible*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1982. pp. 14-15.

Un hecho fundamental que no reconocemos es que este programa cerebral es PENSAMIENTO. Por eso digo que el PENSAMIENTO puede ser nuestra peor prisión; o mejor: lo hemos convertido en nuestra peor prisión. Y lo digo como testimonio, no como argumento. No lo planteo para convencer a nadie: lo planteo como invitación a que cada uno de nosotros investigue por sí mismo y en sí mismo si esto es así o no. Pero sé muy bien que esta invitación a realizar este tipo de investigación tiene una complicación tremenda: ¡que una investigación como ésta no se puede hacer con el PENSAMIENTO! Esto lo vuelve muy difícil, porque uno de los componentes -ideas, convicciones, creencias... llamémoslo como queramos, pero tomemos conciencia de que es PENSAMIENTO- que están más férreamente arraigados en nuestro programa cerebral es que INVESTIGAR es PENSAR, es actividad INTELECTUAL. ¡No podemos concebir una investigación que no sea pensando, que no sea realizada con el intelecto! Así nos han educado, y nos es tremendamente difícil VER esto.



La lectura *puede servir* -pero también puede *no servir*- como medio para expandir los límites de inflexibilidad de nuestro cerebro. Aunque creo que cualquier lectura puede en principio servirnos para este propósito, creo también que algunas lecturas nos facilitan más la tarea que otras. Las lecturas que más nos facilitan esta tarea son aquellas que son más incompatibles con nuestro programa cerebral. Es entonces paradójico: las lecturas que más nos facilitan esta tarea son las lecturas que nos son más difíciles.

Las lecturas que a mí más me han ayudado en este sentido han sido los textos de Krishnamurti. Por eso las utilizo con frecuencia en mis cursos. Pero mi propia experiencia, y la que ya he tenido utilizando textos de Krishnamurti en mis clases, me han enseñado cuán difícil es aprender a leer a Krishnamurti en forma tal que nos permita VER los límites a partir de los cuales nuestro programa cerebral se vuelve inflexible. He descubierto que en la inmensa mayoría de los casos los estudiantes leen a Krishnamurti en la misma forma en que leen un texto de cálculo, de historia o de economía: buscándole la lógica al texto, intentando entenderlo con la razón. Pero como "la razón" y "la lógica" son parte de nuestro programa cerebral, el resultado es que terminan polemizando con el texto, es decir, identificando con qué de lo que plantea Krishnamurti "están de acuerdo" y con qué "están en desacuerdo". Leer así NO es leer a Krishnamurti. Desde el momento en que frente a un texto de Krishnamurti el lector se plantea la pregunta convencional "¿estoy

de acuerdo o no?", ya no está leyendo a Krishnamurti.

Yo he polemizado con los textos de Krishnamurti en muchas oportunidades. De hecho: me he VISTO a mí mismo polemizando con Krishnamurti. Por eso sé muy bien de qué estoy hablando. Hubo una cosa que en un momento dado me ayudó muchísimo a VERME polemizando y a reírme de mí mismo: darme cuenta de que lo que Krishnamurti nos plantea NO es jamás un argumento, ni una teoría, ni una filosofía: siempre es un testimonio. Es decir, lo que nos plantea no es "su pensamiento": lo que nos plantea -haciendo uso del pensamiento como instrumen-

to- corresponde a lo que él ha experimentado, a lo que ha descubierto a través de sus propias vivencias, de sus propias exploraciones hechas a lo largo de toda su vida. Por eso su intención jamás es convencernos: él simplemente nos invita a que nosotros mismos exploremos, investiguemos. Pero el problema está en que esta invitación es muy difícil de aceptar. Podemos tener toda la "voluntad" de aceptarla: pero hacer lo que tenemos que hacer una vez la hemos "aceptado" es muy difícil, y nos produce pánico. Ahí está el verdadero problema. Nuestra respuesta frente a ese pánico es volver al terreno aparentemente "cómodo", "tranquilo" y "seguro" de nuestro programa cerebral. Pero no nos damos cuenta de que esa "comodidad", "tranquilidad" y "seguridad" son todas falsas, profundamente engañosas y dañinas.

¿Cómo nos invita Krishnamurti? Veamos algunos ejemplos, tomando pasajes de algunas de sus charlas. Dijo él al comienzo de una charla:

Me gustaría reiterar que no estamos tratando de convencerlos de nada -eso debe entenderse claramente-. No tratamos de persuadirlos a que acepten un particular punto de vista. No tratamos de impresionarlos acerca de nada; no estamos haciendo ninguna clase de propaganda. No hablamos de personalidades, ni de quién está en lo cierto o de quién se equivoca; lo que tratamos, más bien, es de reflexionar, de observar juntos qué es el mundo y qué somos nosotros, qué hemos hecho del mundo y qué hemos hecho de nosotros mismos.

Y luego advierte:

A fin de observar claramente, uno debe estar libre para mirar -es obvio. Si nos aferramos a nuestras experiencias particulares, a nuestros juicios y prejuicios, entonces no es posible pensar con claridad².

² Jiddu Krishnamurti, *La madeja del pensamiento*. Editorial Edhasa, primera edición, 1984. p. 33.

En otra de sus charlas comienza así:

Nosotros debemos ser capaces de pensar juntos; pero nuestros prejuicios, nuestros ideales, etcétera, limitan la capacidad y la energía que se requiere para pensar, para observar y examinar juntos a fin de descubrir por nosotros mismos³.

Escuchar a Krishnamurti puede ser -lo ha sido para mí, por eso lo digo- una forma maravillosa de poner en evidencia ante nosotros mismos cómo nos manejan, a través de nuestro pensamiento acumulado (memoria), “nuestras experiencias particulares, nuestros juicios y prejuicios, nuestros ideales”. Nos manejan en tal forma que son precisamente ellos los que no nos permiten escuchar a Krishnamurti: lo que hacemos es “oír” lo que nos dice *a través* de “nuestras experiencias particulares, nuestros juicios y prejuicios, nuestros ideales”, y entonces, necesariamente, entramos a polemizar con él. Y desde el instante mismo en que comenzamos a polemizar con él, lo perdimos en su totalidad, su lectura ya no nos sirve para nada, no estamos ya leyendo a Krishnamurti.

En el fondo se trata solamente de una cosa: de leer a Krishnamurti mirándonos a nosotros mismos reflejados en lo que nos plantea. No miremos a Krishnamurti: desaparezcámoslo. Mirémonos sólo a nosotros mismos reflejados en sus textos... y entonces comenzaremos a ver cosas que verdaderamente nos asustan, porque son cosas nuestras, no de Krishnamurti ni de nadie más. Cuando tengamos el valor y la humildad de reconocer esto, entonces -y sólo entonces- estaremos comenzando a leer a Krishnamurti. Ahí, y sólo ahí, comenzaremos a VER y COMPRENDER el programa cerebral que nos maneja. Sólo COMPRENDIÉNDOLO podremos liberarnos de él. Si luchamos contra él quedaremos cada vez más sometidos a su dominio.

Al ver este sometimiento que produce la lucha contra algo recordé un cuento que mi mamá me contaba muy frecuentemente cuando yo era niño. El protagonista era un conejo que robaba todos los días las legumbres de una huerta. El dueño, desesperado por no haber podido atrapar al conejo, decidió poner un mono de cera en la huerta a ver si lo ahuyentaba. Cuando en la noche el conejo llegó y vio el mono, se rió, y pensó para sus adentros: “Este dueño de la huerta es un tonto: ¿piensa que me puede asustar con un mono de cera!” Y le dio un puñetazo al mono. Pero la mano le quedó atrapada. Furioso al ver que no la podía desprender le pegó otro puñetazo con la otra mano... y quedó atrapada también. Luego una patada, y luego otra... y como último recurso un mordisco. Así fue como la lucha lo atrapó, dejándolo reducido a la absoluta impotencia... ¡reducido a la impotencia frente a un mono inerte, pero no por el mono inerte sino por haber luchado para destruirlo! Si el conejo simplemente hubiera observado al mono, sin luchar, habría

permanecido libre. Ésta es una fantástica metáfora ilustrativa de lo que hemos hecho convirtiendo nuestro PENSAMIENTO en un programa cerebral: hemos hecho de él un mono inerte que nos pone a luchar todo el tiempo con argumentos, y esta lucha nos ha envuelto en sus propias redes hasta reducirnos a la absoluta impotencia.

2. Reflexiones, tardías, sobre los cursos de Taller de análisis económico e Historia del análisis económico

El título de esta segunda parte del artículo es el que Juan Pablo Fernández le puso a su escrito. Él fue estudiante de los dos cursos a que hace referencia, en el primer semestre de 1994. Pero Juan Pablo sólo pudo entregarme su escrito -el que aquí voy a transcribir- en diciembre del mismo año. De ahí que incluya la palabra “tardías” en el título. En nuestra tradición educativa esta “demora” haría que el estudiante fuera calificado de “irresponsable” y perdiera el curso; pero la realidad fue exactamente lo opuesto: él tomó tan en serio su propio trabajo -en serio para sí mismo, no para “los demás” (el profesor, la calificación, sus compañeros de clase, el promedio de notas...)- que necesitó muchos meses para realizarlo y asimilarlo. El texto mismo es, para mí, la más elocuente demostración de la seriedad y la profundidad del trabajo que él hizo. Comienza su escrito así:

La primera lectura sobre Krishnamurti me impresionó negativamente. Esperaba un texto científico, lógico, con afirmaciones sustentadas; y en cambio me encontré con afirmaciones como “El pensamiento no ha resuelto nuestros problemas humanos ni los resolverá”, seguida de otras igual de atrevidas, mezcladas con el resto del texto de la manera más inocente...

Él reconoce de entrada no sólo que el texto le molestó, sino que le molestó por una razón muy precisa: era diferente a lo que él “esperaba”. Lo que “esperaba” corresponde a sus propios prejuicios y condicionamientos, es decir, a los límites de su propia flexibilidad...

Continúa:

... Me pareció muy fácil llenar el texto de anotaciones: era un texto “poco riguroso” y lleno de contradicciones. Por supuesto no fui a la clase siguiente. Yo había estudiado algo de filosofía, me gustaba mucho leer y creía que un charlatán de la Nueva Era no me iba a cambiar mis opiniones epistemológicas. Esa forma de pensar me parecía hecha para quienes no eran capaces de seguir el camino de los mejores.

Cuando nos aferramos a nuestras creencias -que son siempre condicionamientos- caemos en la arrogancia de asumir lo propio como lo verdadero. Se vuelve

³ *Ibid.*, p. 7.

entonces “muy fácil llenar el texto de anotaciones”, y descalificar el texto y su autor con cualquier “calificativo” (v. gr. “un charlatán de la Nueva Era”). La arrogancia es una forma de huir, una forma de cobardía. Pero no es este el camino que él toma. Sigue el texto:

Sin embargo, después leí un texto suyo que se llamaba “Reflexiones sobre el leer” donde describía el tipo de lectura que yo había hecho, decía que “...eso no es leer a Krishnamurti...”, y unos renglones después decía qué quería que hiciéramos con el texto. A partir de ahí cambié mi actitud hacia el curso. Cuando leía algo empezaba a pensar acerca de ello con un *tal vez*; cambié mi actitud excesivamente racional hacia Krishnamurti, y después hacía todo lo que percibía.

Mi seguridad en lo que pensaba se derrumbó. Me dí cuenta que todo lo que pensaba en realidad eran creencias. Me acordé del principio de incertidumbre de Heisenberg que demostraba la imposibilidad de conocer científicamente el movimiento de partículas subatómicas y por lo tanto de conocer algún día la totalidad del universo (usted habló de eso en clase más tarde). Me acordé de los espacios no-pitagóricos que mostraban geometrías alternativas a las que habíamos visto siempre y que ponían en duda incluso las verdades matemáticas que solía considerar inmutables. Me dí cuenta que el conocimiento occidental estaba siendo cuestionado desde hacía bastante tiempo y que yo seguía confiando en esa ciencia positiva y moderna que me habían enseñado.

Sin embargo, seguía teniendo problemas con aquello de no pensar, o mejor, no hacerlo necesariamente. La causa fundamental de mis problemas era que simplemente no podía dejar de hacerlo. Todo lo que empecé a leer y a oír de ahí en adelante acerca de estas cosas eran pensamientos. Para leer y para escuchar tenía que pensar. Encontraba serios cuestionamientos a la ciencia, parecidos a los de Krishnamurti, pero seguían siendo pensamientos.

Por otro lado, si Krishnamurti estaba en lo cierto, ¿de qué podía servir la facultad de economía? Encontré en un libro de la biblioteca de administración una entrevista a Krishnamurti en la cual afirmaba la validez de la ciencia, pero no su importancia.

Desde octubre de este año (1994) he empezado a ir a sesiones de zen. He aprendido a meditar sin pensar, a conocer sin pensar; sin embargo, el zen es un camino que necesita una disciplina, por lo menos en la postura. Krishnamurti dice que todo camino condiciona. Nuestra mente occidental es como una mano torpe que nombra a la rosa pero que al intentar aprehenderla la destruye.

Este es mi estado actual. Me he despojado de algunas creencias, estoy explorando otras. Me he asomado al abismo pero no estoy dispuesto a dar el salto, no sólo por miedo sino porque no sé si vale la pena. Sigo queriendo la ciencia, me parece valiosa, pero ahora sé que no es lo único válido. El mundo de Krishnamurti y el de la facultad siguen siendo diferentes, para mi pesar.

He ahí a alguien que está usando la lectura -y ahora muchas otras cosas, como el zen- como instrumento para investigar, para investigarse. Pero no lo está haciendo por miedo a algo, ni para “pasar un curso”: lo está haciendo libremente porque está vivo, inquieto, curioso, lleno de energía para explorar. ¡Qué contraste con las lecturas y las investigaciones que les imponemos en los cursos a nuestros estudiantes! ○

